

Giraldo, O. F. (2022). SABERES CAMPESINOS SITUADOS: FENOMENOLOGÍA DEL SABER VIVIENDO Y DEL SABER ESTANDO. *Alter-nativa*, 12, 120-138. <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/alter-nativa/article/view/40975>

El artículo de Giraldo (2022) es una interesante lectura que considero nos invita a replantear la forma en que vemos y generamos el conocimiento. Como científicos damos por sentado lo que sabemos y cómo lo hemos aprendido, el autor nos propone una reflexión sobre los saberes vernáculos y su validez epistemológica, especialmente aquellos que emergen de la relación íntima con la tierra y el territorio, desde mi perspectiva hasta de cierto modo poético, lo dice el autor.

El texto centra su análisis en los saberes campesinos, mostrando cómo estos se construyen a lo largo de generaciones, acumulando y perfeccionando conocimientos a través de la experiencia colectiva. Citando al autor los saberes como “una historia dinámica que se transmite de generación en generación”, pero también destaca que no se trata de un conocimiento estático o inmutable, al contrario, se trata de un saber vivo que se adapta y se transforma ante nuevos desafíos ambientales, sociales y tecnológicos, perfeccionándose a través de la prueba y el error y de la creatividad situada.

Conceptos como el saber viviendo y el saber estando me parecen muy interesantes reflejan un conocimiento que se adquiere en la práctica cotidiana, el ensayo y error, en el estar en el territorio y con el entorno. Este saber se transmite no mediante manuales o instrucciones formales, sino mediante la observación, la imitación y el diálogo intergeneracional, lo que asegura su continuidad y, al mismo tiempo, su constante renovación.

Me llama la atención cómo se vinculan estos saberes con una dimensión estética y proporcional. La belleza de una parcela, su armonía y equilibrio, son indicadores del producto de un conocimiento profundo. Esto y nos ofrece una perspectiva ética y ecológica sobre cómo relacionarnos con la naturaleza.

Me gusta como la recomendación final es la necesidad de articular los saberes ancestrales y empíricos con la ciencia moderna. Esto no significa subordinar un tipo de conocimiento a otro, sino crear diálogos horizontales que enriquezcan ambos. Como jóvenes científicos, esto nos invita a reconocer el valor de los saberes situados, a aprender de quienes han cultivado la tierra por generaciones, y a integrar esa sabiduría práctica en nuestras investigaciones, especialmente en áreas como la agroecología, la sostenibilidad y la justicia ambiental.

El artículo de Giraldo es una gran invitación política para repensar cómo producimos conocimiento, desde dónde lo hacemos y con quiénes lo compartimos. Nos recuerda que la

ciencia no es el único camino hacia el saber, y que hay otros modos de conocer, arraigados en la vida, que merecen ser escuchados y valorados.

Como científicos jóvenes, esto implica desaprender ciertos sesgos academicistas que suelen menospreciar el conocimiento no formalizado, y en cambio, abrirnos a metodologías más dialógicas y participativas. Implica, por ejemplo, diseñar investigaciones junto con comunidades campesinas, no sobre ellas; reconocer que el laboratorio no es el único espacio válido de generación de saber, y que la parcela, el bosque o la milpa son también lugares de conocimiento profundo y complejo.